MANUEL RIOS RUIZ

DOLOR DE SUR

(Premio "Bécquer" 1968)

4

ARBOLE

EDITORIAL ORIENS

MADRID, 1969

Manuel Ríos Ruiz

Dolor de Sur

(Premio Bécquer 1968)

A la memoria de Antonio Machado,
todavía en tierra extraña.
A la memoria de Manuel Machado,
todavía sin reivindicar.

EL SUEÑO

NOS inunda la sangre silencioso,
nos gana la partida su misterio
y en medio de vorágine tan pura
un mundo de ilusión nos embelesa.
El sueño reaparece por la frente
lo mismo que la sed por la garganta,
con un justo clamor de mariposas
abriendo sus colores por la sangre.
Y en esa alta victoria de la vida,
en esa plena muerte enamorada,
el hombre recupera la alegría
y labra y vivifica la esperanza.
El sueño, el hombre cuando sueña, cuando
piensa , le rinde un débito a su causa,
se sumerge en abismos de consuelo,
le arrebata a la muerte su semilla.
Y cuando el sueño se agiganta y vuelca
su peso colosal por los sentidos,
la sorpresa recóndita del alma
compone sus historias por el cuerpo.
Mientras, el corazón –clara vigilia-
repite su ovación constante, sueña
su música continua, su milagro,
defendiendo la cruz de la existencia.

CRÓNICA DE UN TIEMPO GRAVE

Tener cariño era una angustia,
¿entiendes?;
y entonces yo era yo, no era vosotros,
y era mucho más grande que un mayor,
y era
como si fuera yo mismo el peligro
y dentro de éste yo fuera su almendra.
REINER MARIA RILKE

1
QUIERO alcanzar el ayer, llevaros a una
serenidad
de flores que fueron coronadas, a mustios y
recónditos.
frutos de secano, a mis olivareras y verdes lindes,
a cercados y corazón de huerto mínimo y cardos
altos –ya desgajados, preteridos, pero espinando
en mi memoria-, y traer, hasta aquí mismo,
sin arrebol –oh perenne delirio-, aquel reino sin paz
de cuando la paz existía, lo era y me ignoraba.
Perdón sin tributo, palabra ya sólo o lágrima curtida,
todo un tiempo que fue sueño y ansia, calentura,
ilusión dolorosa, estrella prístina acuñada
en el dorsal de mi frente, en el hondón de mi alma.
Pero el que era, por cuanto sentía, desperdigado amigo
y tiempo grave, exige su color, la sonoridad lírica
de su canción, su atestado fiel, su antigua
biografía transitada como el irrepetible
viento de una ausencia, todo lo vivo y dúctil,
cegadoramente nuevo, heroico, que poblaba el cuerpo
aun cuando todo –todo cuanto os diga- sea ceniza.

2
HALLO en el fondo del tiempo, épica gravedad -rota
y ajada-, una alegoría en papel de caramelos,
una furtiva y cálida idea de las mayúsculas
y un humilde regazo para saltar, dormir
y crecer, para alcanzar escaños de quimeras,
el encanto del cuento, el pan difícil, las ruedas
cabales del andar, los entrañables postulados
de la conciencia.
Y el paso del tiempo, clamor hondo,

permanece grave, permite su referencia, expande
luz, se corporiza, atiza su pabilo, sacude
limbos incoloros, responde a cuanto significa,
torna a cubrirme, me ubica poderoso
y, luego o ahora –desmedida pasión-, me niega su agua.

3
ERA abril un día interminable, abovedado,
que vagaba encendido, hirsuto, por los cerros,
aureolando piedras, trinos y alambradas,
reluciendo en crines, boñigas y pezuñas.
Era abril un día interminable, rotundísimo,
cuando jugaba, niño, a ser aquelárrico adivino
de una pena, a componer razones y campanas
para un ofrecido e inmolado sacrificio:
campo abierto, biznaga de tristeza, arriate
donde el árbol distante, donde el pájaro
y su vuelo, oh trino ensimismado, íntima orgía,
todo hacíase, en recua lentísima, descubrimiento
o mito, semejanza de Dios en el caracol
o la cigarra, en la amapola, en la grama o la liria...
Era abril un día interminable, clamoroso,
un día para nacer desamparado y que la historia
definiera las cuestas de su ruta, sus sorpresas,
hasta llegar, cansadamente, y no pasar de la nada.

4
HABÍA un imantado misterio estremecido
en el contorno de la noche, su luna
y sus estrellas –bautizadas por el dedo-.
y todo el chaparral, la abrupta lentisquería,
el oleaje de las abulagas y los tornillos,
los ecos de la higuera, el ritmo sostenido
del arroyo circundado de torviscas, levantaba
en el alma despierta, visionaria
y olímpica que entonces concebía,
una ceremonia de fantasmas, un surtidor
inquebrantado, donde piedra y cielo
fundían su precisión transida
por el sueño palpitante, por la sed
que dominaba todo un limbo, un ámbito
entelerido de esperanza, de ensoñación sin cima.
Porque la noche, campo sobre el campo,

apretaba su cíngulo en la cintura de mi fe;
y el llanto, apacible y sereno, potencial,
que me enhombrecía las fibras de la carne,
era invisible y dulcemente inmenso.

5

PENSAD que nunca tuve vida
y repartid mis quejas a raudales,
para que el aire vuelva a sostenerme
como un levante entre las cañadas.
Paréceme que me espera algo del olvido,
un zurrón, un cayado, la cantera
de mis juegos a hombre, sin cansancio.
¿Quién me dice, ahora, las razones
de los primeros saltos de mi carne?
Pudo ser la naciente flor sobre la ería,
pudo ser una alondra, pudo ser la idea
de saberme perdido, solo, convocado
para hacerme miembro del paisaje.
Pudo ser que el mismo Dios me golpeara
en este corazón que aún me tiembla.
Pensad que nada he vivido, que no tengo
nada de qué acordarme, sino
de aquel aire que me traía sueños,
que se llevaba los sueños y alejábase.

6

CUANDO la soledad es imperativa, dura guija,
surge la alucinación, el juego, la fermata
de mentirse y conversar con quien no puede
tener, mostrar presencia, caparazón, pupila;
una tarde y otra, un lucero más, lejano,
que a la mano llega y orina su luz,
el hálito que parece realidad, siendo
sueño, tentación, manzana fabuladora,
distintos encelos que se enredan en las células
y, con ellos, se amanece o se muere sin estrépito
sobre un camino de palabras, ay, de palabras,
hacia el tiempo inanimado y carcomido.

7

RECUERDO que la hormiga roja, minuciosa,
minúscula sacerdotisa de la tenacidad,
se media en mis ojos durante la tarde aquella
en que el lagarto salió de su rendija,
hierático, pedregoso, tremendamente
triste, sordo a mi voz, al viento
acurrucado en las palmas, aululante
en el vallado, mientras que estas manos
cándidas, simples, deshojaban, sin saber
hasta cuándo, la silvestre semillama
de un futuro, de un secreto íntimo
ahogado por la longitud del horizonte,
por el seco grano de cebada, áspera raspa.
Y hormiga al fin, mínimo milagro,
sucumbió con su carga, se poseyó de la tierra
junto al enigmático lagarto que esperaba.

8
LOS gitanos, con sus escaldillos, imponían
un son, una morenez ingénita a sus gritos,
tejían penas adobadas, crujientes
coplas, ensanchaban los cántaros
dormidos en los surcos, eran
el misterio de los ojos, la razón
de los barbechos, la piedad del jaramago,
y cada vez que danzaban causa de morir.
Y el halo quedábase latiendo,
esparcido por el aire del sombrajo,
lastimeramente, allagándome el suspiro
-perfecta puñalada-, dejándome memoria
y ritmo de muerte prematura, hasta
esta evocación a golpe de garganta.

9
CRECÍA la yerba a vómitos, parecía
que su esplendor cautivara mi sangre,
alentándola, alzándola sobre los rumbos
de las nubes y los grajos, en la atardecida,
cuando los vencejos, hitos ínclitos del aire,
rezumaban el día entre sus plumas,
y, contenida, arrugaba la amarilla ladera
sus veredas de cabras, sus hirsutos tarajes.
Hombre o niño -hoy complicaría determinarlo-,

en la rotación que fue haciéndose,
oía a la sangre, contertulia de la tierra,
y buscaba en la alquimia de su sonido
aquello que quería tocar, sentir, dilucidar
e investigarme, esparciendo, inaudito,
embozadas del corazón -aún forjándose-
entre el estiércol para flores y zumos
que las bestias ofrecían con amor.

10
LA higuera tenía un mundo de ilusiones primeras.
Y la higuera era un juego para cada niño perdido.
(Oh niño, o fiel racimo, madurado de sueños.)
La higuera era ceniza apagada y rugosa,
sierpe hecha templo de amplia compañía.
¡Salón de sol con entrañable sombra!
En la higuera vivía un tiempo indefinible,
un mínimo misterio creado por mi savia,
un instante y un siglo fundidos en mi frente.
Por la higuera guardaba mis voces para nadie,
los antiguos destinos que yo tuve,
las horas muertas –vivas- del espíritu.
Si volviera a la higuera, a suspirar un poco,
seguro que hallaría esencia de mí mismo
y hasta el columpio aquel mecido por la brisa.
Si a la higuera volviera, a llorar por la higuera,
mi corazón tendría un fanal para el viento
y, al pasar, toda nube sería recuerdo en mí.

11
FUE sobre un cerro despoblado, ya remoto,
con un leve buen son de esquilas tras el sueño
y un purísimo nido naciéndome en la frente.
Fue oscuramente azul, sobre la hierba:
el chamariz callado hasta la aurora
y un empeño muy grande sonándome en la calma.
Fue pastoreando, rumiaba la piara.
(Solemnemente noche que espera ser de día.)
Oh mi niñez doliente que naufragaba en todo.
Fue viviendo tan sólo, orando sin saberlo.
(Cayado estremecido temblando por la nada.)
En vigilia continua mi corazón ardido.
Fue creciendo -zagal de campo abierto-,

queriendo amarlo todo. (La noche que caía.)
Y un constante silencio manando... ¿de qué herida?
Fue así, de pozo en pozo, detrás de los arreos.
(Balidos y retozos contra piedra y arroyo.)
Y yo fervientemente colgado a la esperanza.
Fue así, como os digo: sencillamente solo.
Arrastrando la grada de toda mi presencia
como un atril de viento sosteniendo mi vida.

y 12
NADA iguala hoy a la memoria, al enredo
de mis siglos divagando por sus cauces,
donde todavía resaltan los manchones y las dehesas,
las vetas lilas de las solemnes tierras,
los resonantes orfeones de los grillos,
en aquellas noches secas del otoño...
Os juro que nunca pensaba en lo concreto,
que siempre tenía galaxias desperdigadas
por la frente y una constante sabandija.
royéndome el corazón, azuzando mi destino.
Érase que sucedía mi cuerpo, mi voz brotaba,
se desvencijaba algo por mi suerte, mientras
ovejas y carneros rumiaban el sigilo verde
de sus careos, el agua pesada de los pozos.
Entonces plantaba los enraizados lentiscos
que formarían las lindes de mi alma,
el escorzo monótono de mis palabras tendidas,
éstas que digo, las que no puedo, las que busco,
otras que ayer plañían, las que ahora
-puestas a pensar- no hallan rasante,
no encuentran los perfiles rojos de la zulla.
Crecióme, pues, osamenta arriba, sencilla heredad,
todo cuanto en los párpados érame música.
Es gravedad que recuerdo, es algo que me unce
a mi misma voluntad de entonces, piélago bravío,
y todas las hornacinas y tinajas, en sus pretéritos,
guardan falsetas, trémoles, arpegios, rasgueos,
para salobrar a mi corazón, rombododecaedro trastocado.

LA ARENGA

QUEDAROS a soñar, que yo os prometo
que se alzará el telón de lo imposible;
que vendrán simples manos amorosas
a sembraros la tierra de paciencia
y poniendo las cosas en su nombre
dejarán a los nidos floreciendo.
Quedaros a soñar. Es muy sencillo:
pensaremos tan sólo en lo besado;
nos nacerán fuentes jubilosas
detrás de cada pena bien vivida;
pasaréis de la nada rutinaria
a la alta potestad de lo absoluto.
Quedaros a soñar. Por Dios, quedaros.
Levantad unos metros la esperanza,
combatid el hastío de lo externo,
pasead el alma, el alba, por la tierra.
Y alcanzad esa estrella de la vida
con el vértice fiel de la conciencia.

LA GESTA DE LAS MANOS

UN día,
por ley esperpéntica,
las manos
se enredaron a los hierros,
modelaron adobes,
cal y arena,
mármoles avetados
e impuros,
se hun-
die-
ron en cemento y pardos alquitranes, izaron
violentas
espiochas, herraron los lomos de las esquinas...
Y, ávidas,
quisieron justificar las uñas, subsistir en el tiempo, señeras,
inaugurando túneles,
confiscando ríos,
maravillas de oropel,
altísimas azoteas, mástiles para la voz, relámpagos de fábricas,
trinitarios motores, jugos anquilosados...

Dinámicas epopeyas
fueron creciendo, configurando un álgido paisaje, cuyo
lazo con el hombre seríase olvido de flor como único confín.
Y las manos dejaron de ser dóciles. De amamantar trigos y rastras,
de señalar al sol.
Crecieron las manos, transidas, en asperezas y golpes,
y alcanzaron para su piel herrumbre y frío, sujetos escombros.
La derecha mano,
hábil, astuta o grácil,
pulsó alarmas, fue abriendo
puertas de alcobas, secreteros del prójimo, huchas, corazones a buril...
La mano izquierda,
toda añoranza y desencanto,
oprimía
un recuerdo, un tacto de mustia gardenia y pájaro volado...
Aconteció por ellas la historia, los carros de combate, el nitrógeno,
una oropéndola metálica que llegó a la luna, bonzos y romeos,
yunques y martillos,
humos y píldoras para los estertores ingrávidos...
Hasta que algún día,
las manos,
cansadas,
al filo de las mangas
y colgando como gajos de lastimados hombros y de sombras,
tornaron a unirse por presentimiento, se amaron a sí mismas,
perdieron y olvidaron los falsos anillos
y,
dedo a dedo,
soñaron con la muerte que las devolvería, juntas, a la tierra.

EL POETA

SE suma a sí mismo
y se cuelga
una heredad de imposibles
contertulios.

Camina vastamente
alrededor de su ámbito
cuidando un ambiente
incompartido.

Vedle, vedme, veámosle
plañir, retoñar
la lid del sino,
descantarse.

Es el poeta,
el sonoro nombre
del libro, del acto
y del olvido.

Ayer, hoy, mañana, en cada limbo
siempre así, extraño luto:
el pan allá, vivificado;
la canción sin paz, acá, inquebrantable.

ACTA DEL PRESENTE

ME queda poco y mucho que decirme,
apenas una vida -o una muerte-.
la palabra y el verso, el corazón
buceador de destinos y vencejos.
me quedan todavía los impulsos,
la zarza roja ardiendo por la carne,
la guardada ceniza de las penas,
el universo azul de los paisajes...

Me queda -rota- la melancolía
de mi canción por las cosas perennes:
la queja, la razón de la vivencia,
leño ardido de tanto pensamiento.

Me queda la fe silenciosa, opaca,
de cada hombre sentenciado, oculto
en su propia columna vertebral,
para admirar los pájaros cantando.

EL CAFÉ

A Francisco Toledano.

SIN darnos cuenta, sin apercibirnos,
se nos muere la tarde en las palabras.
Y no nos preguntamos
-porque ya lo sabemos-,
qué rotación de alma nos sitúa
ni qué acequia de paz nos emociona.

Misterio que no existe. Fruta. Limbo.
Atmósfera, sustancia...
Urna etérea donde todo pulula
y engendra nombres amorosos.

La tarde, ya lo dije, se va yendo,
ultimando, venciendo su sigilo.
Nosotros no. Aún estamos
-café vacío- paladeando versos,
gorriones de música,
torcidas verticales,
líricos océanos de vida.

La tarde pasa. Su última reliquia,
pensativa en nosotros.
¿Quizá se esconde el mundo?
Refulge -malva eterna- sílaba tras sílaba.
Mas no hay nadie, aunque existan
voces, televisión, muchachas,
espejos, arañas y botellas.

Nuestro mundo es una luz en la niebla,
un endecasílabo cabalgando,
un cigarro tras otro quemados en el sueño.

La tarde termina
mirándonos, sumisa,
nuestro idioma imantado.

El corazón en vuelo,
salimos a la plaza.
Y, al lindar con la noche,
se nos hunde en la frente
el afán de los días.

LA MADRUGADA

Para Ángel García Lòpez,
Juan Gutiérrez Montiel y
José María Velázquez.

MADRUGADA -se cierne el aire,
resplandece la flor, la estrella pasa...-,
el hombre se levanta, se descubre
si se arrima a su nada, se convence
porque apenas si piensa en su misterio,
porque es poco ese todo de su dicha
y menos es la pena que le puede.

Madrugada. Un rito hacia el tiempo.
Sale el amor -vital- de su penumbra.
Redobla el hombre su primer suspiro,
su fugaz intuición de la jornada.

Verbos que le sostienen en la tierra:
palabras que dirá si le es posible.
Oh alijo repetido de sus manos.

Madrugada, dolor, pulsos para ecos...
(Despiertan los espejos sus retratos.)
El hombre despereza su camino
y se calza la piel de su manera
asumiendo en su voz cada esperanza,
porque intuye de nuevo nuevo sueño.

LA ROSA Y EL HOMBRE

DECÍA el hombre, hablando solo y quedo:
Ya sé que es así, tal como nace.
Que su color es sol, efímera sustancia,
dulce su presencia, dulce
maravilla, diosa interrogada

e invitada a pasar, un sueño de la tierra...
La rosa, desde su pedestal de espinas,
crecida la luz para la luz,
me incita al verbo soterrado, íntimo,
a imposibles palabras
con destinos a sus pétalos...
A la rosa no debo entristecerla
contándole las últimas noticias,
ni tan siquiera prometerle otra visita...
Tendría que poseerla,
que acompañarle el tiempo, cobijarla,
mayear con ella este aire monótono
de sureña provincia,
salvando así la primavera...
y la rosa tendría que conocerme,
envigiliar por mi ámbito,
alargando su clausura de arriate
constantemente roja, resistentemente alta...
Pero cruzaron niños, un aro, una pelota,
una ráfaga de levante,
turistas con cámaras, soldados,
no sé qué gritos entre los pasos,
violando los secretos del aroma:
se hizo añicos tanto celo.
Entonces el hombre, sin rezar al cadáver,
se alejó con su libro y con su lápiz.

EL PLANO

SABED que me casé y que ahora tengo
doble sangre que amar
-arroyo de mi sangre-,
calor de fuerza alimentado
el impulso de acción que me remonta.
Sabed también que aquí,
en esta alcoba,
crece un ciprés o un delirio
cuando el beso florece,
cuando la paz se aduerme o cuando
la carne se engalana.
Y ya que lo sabéis, conoced
mi casa y escuchadme.
Dejadme que la pueble de sonrisas

y así relumbrarán los limbos de mi alma,
los cilicios del ser enamorado.
Por esa puerta, abierta a la ventura,
vengo y salgo, apresado de ilusiones;
traigo y llevo el bagaje de la vida.
aquí se cuecen habas, se guisan alcachofas,
se parte el pan -¡qué pena de migajas!-;
aquí clama el vinagre, aquí el sustento.
Y aquí la rosa ya. La cesta de costura:
un dedal, un punzón, un enredado ovillo...
Un cuadro al pastel.
                                        Un espacio,
la mesa,
               los
                    sillones,
                                   la comida que espera...
Os invito a cenar si os gustan las palabras.
Y aquí trabajo yo, si trabajar se llama
cansarse y reponerse de errores y poemas.
A veces la ventana me deja ver un pájaro.
Los libros, los tengo en desconcierto
y no sé dónde puse la última revista...
Y ésta es nuestra alcoba, esto tan sólo:
lo justo para amarse en toda su medida.

HISTORIA DE EVA

LA mujer llegó
                              pura, ungida, dada
                                                            a un destino perpetuo
e indiscutido, arraigado en tormentas y macetas, concebido
y claramente soñado por algún asceta del estío.
                                                                          Trajo
aroma de camueso,
                                   nuevas lunas que lucir,
                                                                     aljibes interiores
y un sonido a cristal, a espuma espejeada, a todo buen rumor
de cálida mañana.
                                 En sus brazos la paz, el coro del secreto
y la suma exacta de este paraíso en sus venas, las dóciles
y tiernas,
                 para irnos repitiendo
                                                       -suasorio poder de la tierra-

las décadas de Dios, las formas de lo idílico, lo vívido.
Y su belleza,
la delicia de su savia,
el áureo y redondo
giro de sus senos,
l la comba en ala
de su vientre,
los recodos florecidos y rítmicos de su carne, el ya vivo
laborear de sus ojos entre los pájaros sonoros,
la ternura
de sus manos, su temblor de arpa y primavera,
conmovieron al adán, quien tomándola
-valentísimo-
deshojó su dalia y
quebró,
inalterable,
su cintura.

EL TÁLAMO

La junta de los siglos
exprimiendo su jugo
en nuestras venas.
PABLO NERUDA

¿REDOBLAMOS la vida?,
¿descansamos de la nada?

En el tálamo,
en el puro aposento de la sangre,
el unánime corazón varonihembrado
-oh litigio del gozo
y única verdad paladeada-,
abarca su hondura inagotable,
intensifica la modulación de lo eterno.

En el tálamo, el instante coloquial
de la sangre empavesada,
la más precisa comprensión sobre la tierra,
la adánica ambición de florecer
se hace luz suprema,
un clamor agitado en cada hueso.

Por el tálamo se renace,
se toma la túnica designada,
la piel,
la piel misma,
la primitiva
piel que nos envuelve.
Y con ella la esencia,
la natura,
nuestra verdadera manera de sentirnos.

En el tálamo queda
-claramente latiendo-
la palpable razón de lo que somos
y la fibra más íntima
de nuestra real levadura.

ÍNTIMO TIEMPO REDIVIVO

Dichoso el que besa fuerte
y besa cierto.
VICENTE ALEIXANDRE

LA tarde está azul, limita con el cielo.
La tarde me recuerda mi tiempo de poeta,
un río de palabras que nunca al mar llegara,
el sueño que me queda, el único que existe:

Y yo alcanzaré las minas de tus sienes
y el capricho inquieto de tu gracia joven.
Que ya no puedo ni saber quién soy,
ni decirte la palabra que quiere mi alma,
si el corazón se tropieza con un repentino
olor a comunión que guardas como tierra.

Florecida ya, en mi escorzo,
eres carne candeal que me enternece.
Y el lirio de tu boca sigue prendido
en el imán de la sangre de mis ojos.
Recordemos el halo de la tarde aquella
con el poniente descansando en tu cintura.
Muchacha, te decía, cítara; te lo digo ahora,
clara silva que suena en mi costado,
en la oquedad de mis brazos y sus galopes.

¿Cuántos años de pájaro pasaron
por la esquina y la ventana
donde en el adiós nos decíamos la esperanza?

Y yo alcanzaré las minas de tus sienes
y el capricho inquieto de tu gracia joven.
Que ya no puedo ni saber quién soy,
ni decirte la palabra que quiere mi alma,
si el corazón se tropieza con un repentino
olor a comunión que guardas como tierra.

Es la misma tarde, el tiempo no ha pasado,
desde él puedes ver cuanto en ti ven mis ojos.
siguen nuestras manos contando las estrellas,
sembrando nardos y uniendo serpentinas.
Huele a comunión, perdura la caricia,
pusimos nuestros ángeles en este paraíso,
en un íntimo tiempo que el tiempo no destruye,
que el tiempo va haciendo más íntimo y real.

DOLOR DE SUR

A Joaquín Villatoro, músico y soñador,
dolorido andaluz

CREZCO en dolor y más me comprometes,
más cumple tu nutrición de madre calcinada,
más encelas las mieses de mi hombría:

Tierras eres; la mía, dolorosa,
la que me legó cada bóveda y angostura,
la que me sostiene crecer y condolerme.

Como tierra te digo y te requiero,
sopesando mis hombros aturdidos
un tumulto de tiempo consumado
estos náufragos hombros de pesos incunables...

Así te transpiro, y así me contaminas,
así me quemo en tu fogosa tea,
la mantenida
con sal de tradición y de costumbre.

Oh removido rescoldo, ceniza de Occidente,
arraigada indolencia de cabildos,
lentos surcos y lírica besana,
lar infinito para mínima siega,
donde sólo se cotizan la promisión y la leyenda:
me levanto y te clamo, pues soñarte
es ya un rumbo perdido en tus erías.

Tierra, levadura de hálitos, riqueza soterrada,
posada de trashumantes voces y pregones,
antología de coplas, malvendido romance,
cómo lloran tus hijos sobre tu olvido
la verdad de sus manos vacías:
dolor del agua oculta, del intuido acorde,
dolor de sur hirsuto y tan desconocido.
Mas cuando acaezca el día y adviente el nuevo,
el que nos hemos prometido
en el jondo seno de cada primavera,
este puro dolor rebosará sus cántaros
al verte florecer en pan y casamientos.

CARTA DESDE UNA TARDE EN PAZ

EN este carmen castellano, desprovisto de azulejos y arabescos en rojo,
donde las piedras perduran carcomidas por las agrias voces que las amaron,
por palabras curtidas,
tristísimas, bajo las hieráticas arcadas,
levanto los ojos a los vecinos balcones, a los aleros con pájaros últimos,
hasta estos hombres ensimismados,
derruidos por la plaza,
esquinando
los crueles recuerdos, los viejos códices del llanto, resistencia de huesos
a una ley de siglos escrita por el sol sobre sus frentes para águilas,
y te convoco a ti,
Juan de la Plata,
imposible poeta de lo estatuario,
áspero flamenco,
fidalgo del sur,
humana duda de tantas quejas,
para que entones el martinete y la suiguiriya,
para que grites y rebrinques
todo el cansancio que nos estruja el pecho, toda la dimensión candeal
de esa gubia heridora que se nos clavó para siempre y está sembrada.
Y, contigo,
al difunto arlequín Fernando de la Rosa,
el que murió de bueno
abrazado a la guitarra, chorreando sangre en la pileta del patio.
Y oigo sus falsetas,
el corazón un cardo entre los dedos,
resumen de la
vida.
Evoco también al vivísimo Ramírez, manchado y amasado de colores,
llenando las copas de su dulce hiel, brindando por la muerte, asoleando
la copla con su voz de viola, con un sudor de toro bravo entre las cejas,
arrastrando la pena, la infusa culpa de un cuadro por pintar.
Con vosotros las convulsiones de Manuel El Torre todavía,
los ecos de Juan Jambre y del Torrán,
la casta de los Paula por el Arco,
calle de la Sangre arriba con la viña al ses-
go del camino,
empampanada,
y la bodega que nunca sabrá del amor que inventamos, mocitos en querer,

mientras coronábamos de ilusiones y de versos la otoñal alameda...
Venid aquí,
mis hermanos,
hasta esta sobria plaza, fanal de los ayeres,
y al cobijo de las piedras insomnes que acaso me miran, al unísono
de estos hombres que visten la negra pana del olvido y del solano
cantemos la heredad de los sueños,
el calcinado dolor entero
que nos signa,
que nos unce a ellos,
poesía que dicen de la gesta de ser
pobres.
Que aquí, en Chinchón, lo mismo que en "Adelfos", fascinado por la tarde,
convencido de que ancha es Castilla,
yo escribo
vuesos nombres,
os
clamo, digo
Juan, Fernando -¡resucita!-, Ramírez mayoral, Monarca Manuel Parrilla,
Pantoja obrero bíblico, Esteban Pino, Manolito Celdrán, atávico Vicente,
y cuantos más podrían compartir el tabaco,
esta plaza en paz,
la baraja
y el cuartillo de estos hombres expuestos a la cámara de algún inglés hijo
de *miss*.

EL ABUELO

A mi madre y a mi padre.

LO sueño aún conmigo, lo recobro
a toda sangre abierta por la frente,
con su barba compacta, oscureciendo
la faz que los secanos andaluces
adobaron con sol, con duros tiempos,
a través de las viñas, los cortijos,
la azada, la mancera y la besana.
Con la hoz, la coyuntura y con los bieldos:
curtido capataz de años y faenas.
(Herniado del trabajo, y por la vida
herido el corazón, hasta la entraña.)

Sus manos secas, como el seco monte,
cicatrizadas lágrima a lágrima,
tenían el vigor de los olivos
y el halo estremecido del sarmiento.
En sus ojos vibraba el campo todo
con su pureza o brisa, cabalgando
por todas las imágenes del trigo,
por todas las promesas de los surcos...
Con ellos aprendí a ver las rosas,
a plantar un peral, a enamorarme
de la alta golondrina que llegaba
con la misma canción por primavera.

Era un hombre tan dueño de sus voces
que sonaban a tierra sus palabras.
Vivió como un árbol desprendido
de su carne, tan digno y tan sensible
que fue no más que un fruto desgajado.

Preguntadme por él, sabré deciros
-desde este pozo ciego de mí mismo-
de la noble semblanza de su alma.
Porque yo estaré siempre, como ahora,
liándole emocionado su cigarro.

APARTE CON UNAMUNO

PORQUE todo continúa igual, lo mismo
que en su edad de naturaleza
y en su edad de razón,
don Miguel de Unamuno -le hablo de usted-,
tengo que luchar,
                              que debatirme
en cada duda suya,
                                 en cada idea,
en cada dura palabra,
                                    y peligrosa,
para comprender mi fuero de español
y vivir más solo cada día.

No sé adónde irá mi ideocracia:
la lógica no ocupa mi camino,
aunque me asalte de repente su ademán.

Yo, don Miguel, ni espero, ni desespero: ¿pienso?,
yo, levanto mi fe en cuanto puedo
y no sé si oirán en algún sitio
la clase de voz que estoy buscando.
Mas si lo que importa es sostener
-por todos los regazos-
un poco de uno mismo y un tanto de ideal,
esa es mi canción: un darme para todos
sin escoger destinos de antemano.

Usted, don Miguel, acérrimo inconforme
de todo lo imposible,
devoto de lo verídico hasta más no poder,
ahora viviría de la misma consecuencia:
sin dejar de escribir soledades escuetas.
Nosotros, los que estamos,
los que ponemos interés en sentir,
tan sólo nos sostiene pensar que moriremos.
Y usted comprenderá, don Miguel de Unamuno,
esta inquietud de intemporalismo,
o esta loca poética de vida.
Pero si usted, por fin, después de muerto,
de leído y criticado, se siente conmovido
en cada calibrada partícula de polvo,
será que pudo encontrarse con la paz
cuando menos esperaba tal suceso.

INFORME PARA ANTONIO MACHADO

LA verdad es que todos
-desde la página más mínima-
te sorprenden enamorado de la tierra
y alto compañero de veletas.

La verdad es que te perseguimos,
aldabón sobre númenes
palabra por palabra,
en un viaje urgente o inconcreto.

La verdad es que apuntalamos
sobre ti -oh cuanto alijo-
ese mundo inmerso o narcisista
que no logramos habitar.

La verdad es que poro o rezo,
primicia es la tarde en tu vereda
para el cauce en flor
de un cúmulo desbordado.

La verdad es que eres dimensión
dilatable; libérrimo paisaje,
percutor o vesícula
que nos humaniza el grito.

La verdad es que debiéramos
-por conciencia nada más-
afrontar tu tragedia
para salvar nuestro eco.

EVOCACIÓN DE MIGUEL HERNÁNDEZ EN PRIMAVERA

Los pastores no son hombres,
que son ángeles del cielo.
Villancico Popular

TE sé hombre, Miguel, porque estás muerto.
Y hombre soy. Y pastor fui. Y hemos de morir.
Mas déjame soñar, decirte entelerido, evocarte
-gloria de petaca y de yesquero al respaldo, en la ladera-,
porque es primavera y alucina la yerba.
Si vivieras hablaríamos de cabras, de ovejas y de esquilas:
"Tuve una bocifuego,
mocha,
que paría mellizos."
"Yo una romera;
comía lentísima
y
flor del majoleto."
Pero mueres. Morimos. Más cada día.
¡Son quimeras cartas y poemas!
Sueños... Más que sueños. Más forzosamente muerto, mi muerto imposible
entre la zulla, silbo vulnerado, imagen-semejanza del David,
dios perdido y hallado en la memoria, en la testuz del toro; diríate:
"Las cabras tienen lar ubres reventando y balan por la ería,
porque es primavera y alucina la yerba."
Te sé erguido cardo sobre el corazón de España.

No arcángel, ni símbolo; sí cruz, un cayado,
un viento del pueblo, un rayo que no cesa,
un rabadán curtido y quiero preguntarte:
¿Crecer al son de la rumia y los cencerros,
gozando los careos,
sabiendo si es enero o es otoño por el olor de las cagarrutas,
por el retozo de un borrego
o
la ardentía de una chiva,
deja un poso en la sangre para toda palabra?
Quisiera saber si añoras la paz que nos oprimía,
el sabor de los calostros recién ordeñados,
la soledad entre lomas,
los vericuetos
y los cerros,
el halo de la tierra, el rocío en las manos
o las estrellas en la frente que ganamos,
porque es primavera y alucina la yerba.
No somos ángeles, Miguel,
somos hombres,
machos resabiados;
tú, muerto; yo, alentando todavía; pastores sin piara.
Olvidaría.
¿Olvidaste alguna vez tus voces, tus arreos
por linderos y cañadas?
Aún huelo a suarda, me pesa el zurrón,
me palpo la zamarra por encima de los huesos,
porque es primavera y alucina la yerba.

TARDE DE TOROS

A Vicente El Carnicero,
Juan Lara y
Joselón.

...Facistol, centras el ruedo
como quien sostiene un libro...
ADRIANO DEL VALLE

SÉ que esta tarde, Rafael de Paula, amigo volverás a ponerte altamente
de pie como lázaro gitano y, los machos, apretados te dirán de tus piernas
la existencia; que besarás tu áureo medallón de marquesa enamorada
y bajarás la vista lentamente hasta tu sombra, entre múltiples clamores.

No, no estaré con los nuestros, con los tagarnineros, los hombres del chimbiri
y la zaranda, los que lloran por ti a lágrima viva cuando en el barrio te festejan.
Tú eres su dios, su otro *prendí,* un corpus que celebran, y las viejas
encenderán aceiteras mariposas, crecerán las orejas de los santos...
No, no estaré contigo, no al quite de verte con la boca seca y las manos
lánguidas. Pero te escribo esta carta que leerás cuando pasen infinitos soles.
Crujen ya los huesos. Me imagino que te mides los pulsos con las sienes.
Sonríes tristemente. Te cercioras de que palpita tu corazón y el reloj continúa.
Quisieras, ya lo sé, no haber nacido para mártir, se lo preguntas
a los arcángeles y no sabes qué decirte de ti mismo, de tu causa
y razón , pero no ignoras que das tu nombre al cartel de la tarde
que te espera mugiendo en chiqueros con macizos candiles de testuces y fierezas.
Caminarás con pie derecho, cuidando la cintura, su donaire, sabiendo
que la música es viento de la gloria, que hay mundo, vida, todavía.
Pensarás que la suerte -diosa esquiva- puede estar difusa a tus ojos,
que una tempestad emerge de la arena y arrecia torrencial en tu garganta.
Mas la sufres. Te resignas. Respiras con pasión. Saludas, grave, desde el tercio.
Gritan tu gracia, pero no oyes, tan sólo te aferras a la esperanza, pides
a los duendes un milagro, se lo imploras, te recriminas por tus vísceras y...
estallas.
Te encuentras donde debes. Por fe ha sucedido. Desafías
a lo que más temes. Abarcas todo cuanto negramente te amenaza.
Te aflora una vertical conciencia. Te brilla nimbada la cabeza. Perpetúas, lúcido,
a la estética. Se tersan pétalos. Gozas. Alcanzas las cimas de tus sueños,
justificas tu destino, te recreas en ser hombre, portador aliento
de un espíritu, nazareno del arte en el tropel un Apocalipsis.
Después, Rafael de Paula, cerrarás los ojos, vencido e invicto como nunca,
entre los geráneos. Soñarás otra vez lo que despierto has soñado,
como si fuera imposible el estar vivo, que te queden sueños de muerte,
carieles por vestir. Y a la luz del crepúsculo, volverás a sufrir,
a pensar, ya la plaza vacía “concéntrico diafragma de la nada”
-en verso de Gerardo- y llenos de voces los tabancos,
en esa brujería, alquimia misteriosa, que te da el don, el mimbre
de alegrar la arcaica y morena pobreza de tu gente
con tu angustia y tu dolor, con la dádiva heroica de tu pena.

LA SOMBRA

BUSCO mi sombra
y no la encuentro.
Tanta luz ciega
mi trayectoria.
Sólo el instinto
recorre, vena
desperdigada,
toda palabra
que consecuente
se desenfrena
de mi osamenta.

Busco mi sombra
y no la encuentro.

¿Acaso pueda
pensar, tenerla?
Nací sin ella,
sin esa tierra
donde se cuaje
la sal remota,
donde descanse
de tanta sangre
esta vivencia.

Busco mi sombra
y no la encuentro.

No por perdida,
por imposible,
porque no tiene
razón ni cielo,
y porque no hubo
limbo, sol, ala
que me dijera:
por este silbo
suena la lengua.

CANTES DEL PRESO

EL viento me circunda.
La tierra me numera.
El cielo me vigila.

Mi cárcel soy yo mismo;
mis sentidos, mi celda;
mi condena, morirme.

Mi indulto será Dios,
el mismo juez que, ahora,
severo, me sentencia.